



La cosa está mal. Preguntas por ahí a cualquiera sobre cualquier asunto y te responde que la cosa está mal. No es nada en concreto. Es simplemente la cosa. Se trata de la cosa. Por otra parte si analizas una a una las claves de nuestra sociedad compruebas que tampoco es para tanto: hubo tiempo en que la Bolsa estuvo peor, de contraste de pareceres vamos tirando, la famosa apertura anda casi boyante, las tensiones inflacionarias responden por lo visto a una moda internacional, los conflictos colectivos un parche por aquí y otro estacazo por allá se van solucionando, los problemas con nuestros vecinos los de la chilaba son ahora a pesar de todo más livianos que aquellos del Sidi Ifni, al Concordato se le ha echado un cubo de cera encima y está apagado, Gibraltar ya se sabe que no nos lo devuelven y por ese lado ni caso, en economía siempre hemos andado a la última pregunta de modo que tampoco es para ponerse a llorar ahora después de haber comido boniatos durante diez años, turistas había bastantes menos en los tiempos

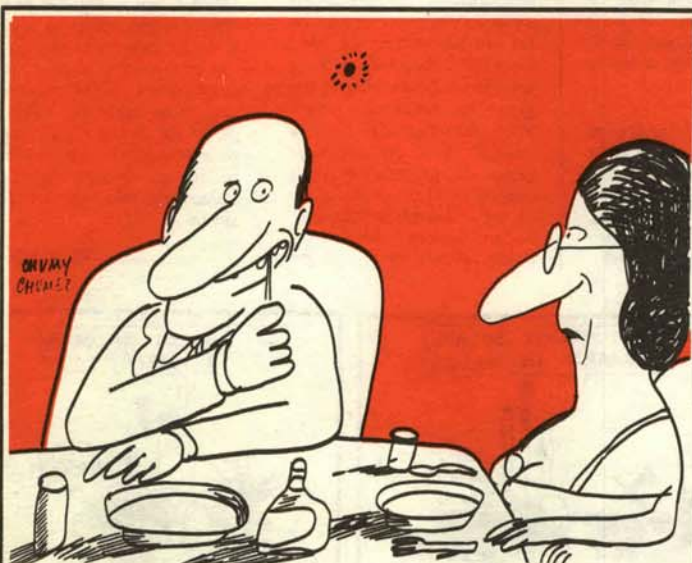
LA COSA ESTA MAL

del carrasclás, de libertad dentro de un orden siempre hemos andado parejos, en cuanto a la voz de España que se deja oír en el concierto de las naciones pues ya se sabe, antes se largaban los señores embajadores y ahora nos pisotean la pera limonera en Perpiñán. Es decir, las constantes fisiológicas del país se mantienen dentro de la normalidad. Sin embargo nunca como ahora la gente ha llegado a la convicción de que la cosa está mal. Uno ha

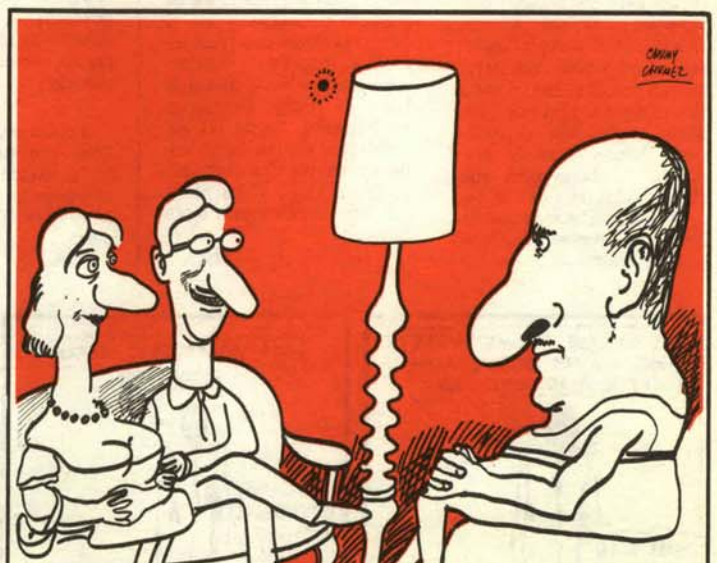
pensado muchas veces qué diablos puede ser esa cosa.

Modestamente creo que esa cosa son las palabras. La cosa ha comenzado a empeorar desde que algunos periodistas desalmados han decidido llamar a los problemas por su verdadero nombre: desde que al contraste de pareceres se le llama partido político, desde que al conflicto colectivo se le llama huelga, desde que a la tensión inflacionaria se la llama simplemente inflación, desde que a la recesión se la llama paro, desde que a los patrioterros de extrema derecha cuando siembran el terror se les llama terroristas, desde que a la libertad dentro de un orden se la llama falta de libertad, desde que al artefacto se le llama bomba. Y así sucesivamente. Somos un país de nominalistas y de bizantinos mentales que podemos llegar fácilmente a las manos por un simple matiz de lenguaje. De modo que la solución es poner una buena guardia en el diccionario.

VICENT



—Sí, ya sé que es de muy mala educación hurgarse los dientes, pero al precio que está la ternera no voy a dejarme cuarenta duros entre las muelas.



—Nosotros hemos tenido relaciones prematrimoniales, sí; pero sólo las broncas.